

Claudia Espejel Carbajal, *Caminos de Michoacán... y pueblos que voy pasando*, prólogo de Carlos Navarrete, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992, 104 p., mapas, ils.

Caminos, senderos, calles reales y brechas marcan y han marcado nuestra historia desde remotos tiempos. Ya sea que por ellos transiten migrantes, mercaderes, soldados, funcionarios, peregrinos o los ocasionales cronistas paseanderos, su trazo siempre determina y señala vías de comercio, de comunicación, de enfrentamiento, de dominio y también de encuentro de compadres y cónyuges. Las crónicas de los primeros años del dominio español son casi abrumadoras en su preocupación por indicar, para beneficio de futuros viajeros, leguas “cortas y largas”, ásperas cuestas, buenos y malos mesones, ríos que había que penosamente atravesar y manantiales que eran reposo para el cansado caminante.

Este estudio es, entonces, del mayor interés. Dentro de su brevedad, indica la rutas prehispánicas (basándose primordialmente en el *Lienzo de Jucutacato* y la *Relación de Michoacán*), reconstruye con detalle las coloniales y se asoma a las del México independiente, dedicando particular atención a la ruta Tzintzuntzan-Pátzcuaro-Uruapan-Apatzingán, esto es, el vínculo entre el antiguo centro del señorío tarasco con la tierra caliente.

Para ello, la autora recurre a la combinación de reconocimiento de superficie (o, dicho de manera menos técnica, a recoger información con los pies), entrevistando en sus andares a vecinos, arrieros y cargadores, y a una revisión de la bibliografía dejada por los viajeros. En su camino, además, encuentra posadas y haciendas y reconoce someramente los asentamientos prehispánicos (a los cuales dedica un último capítulo que, aunque en sí es de interés, en algo quita balance al conjunto).

El volumen se lee con agrado; sus páginas tienen hasta cierto punto el sabor que se encuentra en los relatos de viajes, junto con mapas e ilustraciones que dan al texto una realidad que se siente palpable, viva.

Agréguese que la autora no se desliza hacia el fácil sendero de la banalidad anecdótica; sabe ver las implicaciones sociales y culturales de los caminos, del espacio, del paisaje.

Después de leerlo, se antojan un par de comentarios. En primer término, este texto tiene un tanto de introductorio, de preliminar; parece programa de trabajo y anuncio de cosas más amplias por venir. En esto hay buen augurio, y también riesgo, porque cuando un caminante toma el sendero, nunca sabe dónde lo llevarán sus pies.

Por otro lado, esta misma brevedad hace que el trabajo tenga cierta atemporalidad, una ausencia de relieve diacrónico, una historia. Los caminos cambian, desaparecen, se amplían o construyen según las muy diversas circunstancias por las cuales pasan las regiones, las ciudades y las haciendas. El recurso a las descripciones de viajeros proporciona cierto asidero; pero son como mesones donde el relato descansa, entre los cuales hay enormes recorridos vacíos, a manera de malpaíses en el tiempo. En estas situaciones, recurrir a la imaginación puede conducir a perder el sendero; ignorar el problema lleva hacia una geografía en la cual, como en los cartulanos medievales, se dejaban amplios espacios en blanco, convenientemente cubiertos con dragones y sirenas.

La guía para los viajeros en el tiempo, por otro lado, sí existe. En los archivos michoacanos, y muy particularmente en el municipal de Pátzcuaro, hay una muy vasta aunque fragmentaria información. No hay pleito de tierra que no implique la descripción de linderos ni una "vista de ojos", y no hay prácticamente ninguno de estos documentos que no aluda a los "viejos" y "nuevos" caminos reales, ni que deje de mencionar sitios prehispánicos y pueblos abandonados que, con el tiempo, acabaron siendo ranchos y haciendas.

Esta misma documentación da razón no solamente de los cambios en las rutas, sino también de sus motivos: las congregaciones de pueblos, las transformaciones de la economía, las ambiciones particulares de los colonos y las órdenes religiosas, las preocupaciones evangélicas de la Iglesia y las fluctuaciones de la población. Y, muy particularmente, muestra que estas vías comunicantes fueron objeto de fricciones y conflictos, sobre todo cuando los hacendados, en la segunda mitad del siglo XVIII, dieron en cerrar o desviar los caminos para meter en cultivo tierras anteriormente tenidas en poco, como hicieron los jesuitas de la Tareta (cerrando el paso hacia Pátzcuaro de los naturales de Zurumútar) y de Sanabria (bloqueando el camino corto de Pátzcuaro a Tzintzuntzan, y obligando a los caminantes a un largo desvío por Chapultepec).

Un relieve temporal en un estudio sobre los caminos también llevaría hacia reflexiones y hallazgos más amplios, y sin duda daría explica-

ción del porqué la antigua capital de los tarascos se convierte, a pesar de su título de ciudad, en un soñoliento pueblo, que queda de paso para ningún lado, mientras que asentamientos menores como Cocupao prosperaron y llegan a ser cabecera de partido; y a la razón por la cual Erongarícuaro deviene pueblo de arrieros que llevan sus recuas hasta Zacatecas y Chihuahua, y asimismo los motivos por los cuales en los inventarios de ranchos y haciendas de algunas regiones aparece tan desmesurado número de mulas.

En fin, *Caminos de Michoacán...* es invitación a una jornada que nunca dejará de resultar tan placentero como lleno de invitantes derivaciones; ojalá con el tiempo otros recorridos nos lleven a nuevas veredas y senderos por entre los lagos y sierras michoacanas.

FELIPE CASTRO